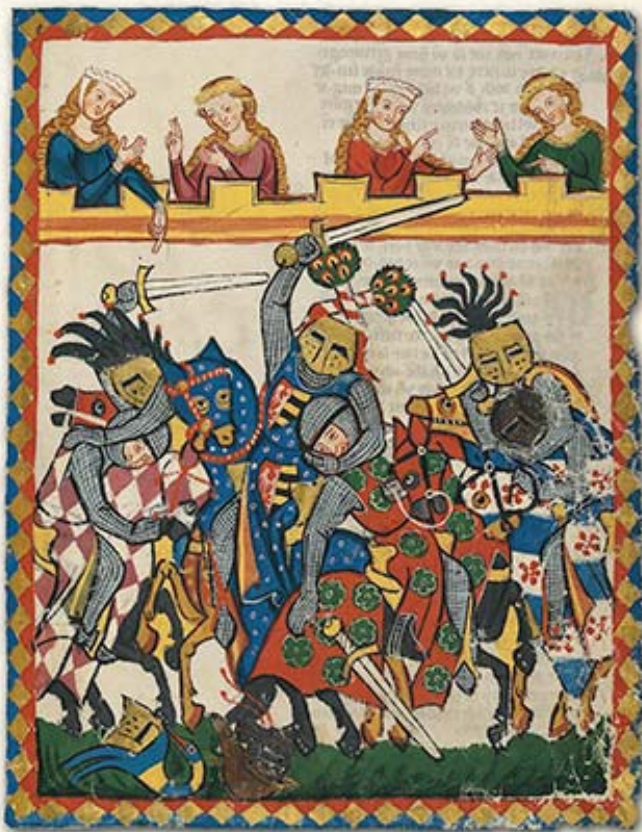


El códice del

FRANCO



MARÍA ÁNGELA MARTÍN VEGA

El código del Franco

María Ángela Martín Vega



Título original: *El código del Franco*
María Ángela Martín Vega

Diseño de portada: Literanda

© *María Ángela Martín Vega*

© de la presente edición: Literanda, 2016

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa de los titulares del copyright la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Más ediciones en www.literanda.com

Libro I

BORGOÑA

BORGOÑA

Primavera del año 1060-Invierno del año 1072

Yo, Martin, hijo de Martin, nieto de Bernardo, que nací en Borgoña en la primavera del Año del Señor de 1060, antes de que mi existencia se convierta en un círculo perfecto, tomo la pluma para escribir la historia de mi vida, que dedico a vosotros, mis descendientes.

Mis recuerdos comienzan en la aldea de Fontenay-le-Gazon, predio que recibió mi abuelo paterno de manos de Roberto II el Piadoso por la ayuda militar que le prestó cuando se anexionó el Ducado de Borgoña por las armas, y que al morir dejó en herencia a mi padre, el menor de sus hijos varones. Todavía me parece ver sobre la colina la torre, con su fachada cubierta de hiedra; el salón de la planta baja donde hacíamos la vida en torno a fuego; las puertas que comunicaban este aposento con la cocina y las dependencias de los criados; la estrecha escalera de caracol que subía a los dormitorios; el patio de armas, rodeado por las cuadras, los establos, la herrería, el granero y el pajar; el muro de piedra que la defendía de los peligros del exterior y desde cuyas almenas se dominaba un hermoso panorama de viñedos y prados. De la ladera de la colina brotaba un manantial que corría pendiente abajo y se remansaba en una hondonada, siempre cubierta de hierba verde, a la que hacía mención el nombre del feudo, y que escurriéndose entre las piedras se convertía en un arroyo que desembocaba en un río, en cuya margen derecha estaba la aldea: las cabañas con techo de paja de los vasallos de mis padres, el horno y el molino. En la de la izquierda, cruzando el puente, había un sendero que se internaba en el bosque y que llevaba directamente a las propiedades de un monasterio.

Detrás de nuestra morada había un huerto y un manzanar que me parecía el lugar más bello de la tierra cuando en primavera las ramas de los árboles se cubrían de flores blancas y el suelo de margaritas y caléndulas. Era el lugar preferido de mi madre.

Durante mi adolescencia, siempre pensé que mi padre no tenía que buscar fuera lo que ya tenía en casa. Mi madre era una mujer realmente hermosa, de ojos azules y cabellos rubios, levemente dorados, recogidos en trenzas sobre la nuca. Poseía modales exquisitos y, al mismo tiempo, un fuerte carácter; cualidades que necesitaba para tratar con mi padre: él era un hombre musculoso, de anchas espaldas, de ojos grises, cabellos crespos castaño-rojizos y sienes plateadas, trato hosco y fama de pendenciero.

Recuerdo a mi madre hilando junto al fuego, en las largas tardes de invierno; tocando el laúd y cantando suaves baladas, sentada junto a la chimenea, rodeada por sus hijos y criados, todos embobados por las historias que contaba con tanto realismo y gracia; o rezando el *salterio* con mi hermana Margarita y sus doncellas, mientras mi padre y mis hermanos Bernardo y Raimundo se hacían los distraídos, acariciando a los perros, pero musitando las plegarias para sus adentros. También recuerdo a mi padre cazando con ellos en el bosque cercano; todavía me parece oír con claridad los ladridos de los mastines, escucho el sonido de los cuernos, y veo el halcón de mi padre sobrevolar el cielo azul con la presa entre sus garras o posarse elegantemente en su brazo.

Mi madre se llamaba Berta, y su prima Matilde estaba casada con tío Bernardo, el primogénito varón de mi abuelo paterno, del cual había heredado un castillo, con sus tierras, siervos y hombres de armas. Era vasallo directo del duque de Borgoña, y mi padre dependía de él.

Cuando yo nací, mis tíos tenían un hijo, Guido, que estaba a punto de ser armado caballero y otros más pequeños, entre los cuales destacaba Andrés, que era un par de años mayor que yo, y con el que siempre tuve una gran amistad.

El mundo severo de los varones estaba muy lejos del de los niños menores de siete años. Hasta esa edad vivíamos en el acogedor círculo de las mujeres, que nos prodigaban su ternura y sus cuidados, intentando inculcarnos piedad y cortesía; los buenos modales con los que teníamos que tratar a nuestros superiores e iguales, y la condescendencia —mezclada con un punto de dureza— que debíamos emplear con los vasallos. Por aquel entonces, todo aquello, debido a mi natural distraído y despreocupado, me parecía un auténtico latazo, y mi madre me castigaba cuando descuidaba mis maneras; pero me cogía en brazos y me comía a besos cada vez que, en su opinión, hacía bien alguna cosa.

Con mi padre no tuve tanta suerte. Era un varón exigente que aspiraba a que, desde el primer día, sus retoños cabalgaran y manejaran la espada con la perfección de un adulto. Ahora lo comprendo, yo también me he comportado así con los míos; pero recuerdo con terror cómo me gritaba. Su voz tronaba por encima de mi cabeza, mientras aseguraba que yo era un perfecto inútil. Y mal que me pese, tenía razón. A los tres años subí por primera vez a un palafrén, y a los siete no había mejorado gran cosa.

Un día que mi padre estaba en Dijon, en la corte del duque, mi madre me reprochó la falta de interés en el entrenamiento militar, haciéndome ver cómo peligraba mi vida si en una batalla no era capaz de sostenerme sobre mi montura.

—¡Oh, Martin! ¿Quieres que te derriben y te rematen en el suelo, y que tu mamá se muera de dolor y de pena? —me preguntó suavemente.

Nunca me sentí más avergonzado. A partir de entonces me tomé las clases de equitación con menos indolencia, y mi padre pareció más satisfecho conmigo.

Pero a los pocos meses llegó la hora de la despedida del hogar paterno, porque, siguiendo la costumbre ancestral, a los siete años tenía que abandonar la casa de mis padres y empezar a servir de paje en la de algún noble. Me mandaron al castillo de tío Bernardo para

que mi tía y mis primas completaran mi educación hasta el momento en el que pudiera convertirme en escudero de mi primo Guido. Tía Matilde se parecía físicamente mucho a mi madre, aunque pronto comprobé que no era tan cariñosa como ella; en cambio el carácter adusto de tío Bernardo superaba con creces al de su hermano.

Aun así fue una etapa de mi vida de la que guardo buenos recuerdos. Me crié con mis primos. Mi tía se preocupó de que un clérigo nos enseñara latín, y mi tío de que un viejo maestro de armas nos entrenara, con unas de juguete, en los rudimentos del manejo de la espada, el escudo, la lanza y el hacha de guerra. Todos los días Andrés y yo montábamos juntos a caballo y jugábamos «a las batallas», imitando lo que veíamos en los torneos que se celebraban de vez en cuando en un palenque cercano al castillo. Sin embargo, tanto él como yo odiábamos tener que hacer tantas reverencias a su madre y demás parientes femeninos. No entendíamos por qué teníamos que utilizar aquellas empalagosas muestras de cortesía; hasta que un día escuchamos por azar a mi primo Guido hablando con uno de sus camaradas, y nos dimos cuenta que había una extraña conexión entre el besar la mano a las señoras y «el gozar de sus favores». Aunque, a los ocho años, el mayor favor que se me ocurría que podía hacerme una dama era no interrumpir mis juegos para pedirme que hiciera un recado o recitara un poema para distraerla.

No había cumplido diez años cuando mi padre se presentó en el castillo y estuvo hablando largo rato con mis tíos. Andrés y yo subimos a hurtadillas por la escalera de caracol y pegamos la oreja detrás de la puerta de la sala del homenaje, espionando lo que decían, hasta que nos vio uno de los criados y nos echó de allí.

Por lo poco que pude oír, supe que mi hermana iba a casarse, que su dote era enorme, y que, después de haber comprado armas, corceles y perros de caza a mis hermanos mayores, la situación económica de mis padres era delicada.

Mi tía suspiró y, ante mi sorpresa, dijo que me apreciaba mucho; pero que lo que mejor podía hacer mi padre era llevarme a un

monasterio donde, además de aprender a leer y a escribir correctamente, tal vez encontrara de mi agrado estar al servicio de Dios, liberando a mis padres de los gastos que les supondría costear mi carrera militar. Tío Bernardo dijo que estaba de acuerdo con su mujer, y que además el mundo no se iba a perder a ningún gran militar: yo no era obediente ni disciplinado.

Una semana más tarde, sin darme más explicaciones, mi padre me llevó a una abadía benedictina, donde pasé tres largos años.

Los primeros días eché mucho de menos a mi madre, a mi tía Matilde, incluso a mis primas, a las que muchas veces había tildado de fastidiosas y cargantes en su desmesurado afán por convertirme en un paje perfecto, de modales corteses. A mi primo Andrés no; porque se vino conmigo. En cuanto supo que yo iba a ir a un monasterio, se mostró testarudo y dijo que «él quería servir a Dios Nuestro Señor como un fiel vasallo y consagrarse a su servicio». Andrés tenía doce años y tío Bernardo se quedó perplejo, porque de todos sus hijos, excluido Guido, que ya había sido armado caballero, era el que más descollaba en cualidades militares. Nunca se le hubiera pasado por la imaginación llevarlo a un convento para que se convirtiera en escribiente y terminara de prior o secretario de un obispo. Tío Bernardo suponía que si él le hubiera propuesto tal cosa, Andrés habría organizado tal pataleta que hasta temblarían los muros del castillo. Sin embargo fue al contrario, Andrés se empeñó en acompañarme y no hubo forma de disuadirlo.

La abadía, que era muy grande, estaba rodeada de campos cultivados por siervos y colonos. Tenía una iglesia ricamente decorada; un *scriptorium* con una buena chimenea y una biblioteca enorme; un claustro de sólidos arcos, sostenidos por columnas de capiteles tallados con volutas y otros adornos florales, en medio del cual había un pozo y un reloj de sol, y a su alrededor se distribuían las celdas de los monjes. Era una zona a la que nos estaba prohibido acceder sin permiso a los alumnos de la escuela monacal. Nosotros ocupábamos

un pequeño edificio anexo, que no era el único; pues la abadía también contaba con un molino, un horno y un albergue para peregrinos.

Si me preguntáis por aquella época, solo podría decir que la mayor parte del tiempo la pasé intentando aprender todo lo que nos enseñaba fray Alberto, nuestro preceptor, y que me costaba mucho. Andrés, sin embargo, era como una esponja, absorbía el conocimiento sin ningún esfuerzo, con la misma facilidad con la que manejaba la espada y cabalgaba.

De mí mismo os diré que escribir con letra carolina me era infinitamente más difícil que sostenerme derecho sobre la montura... La diferencia es que entonces tenía a mi madre que me defendía cuando mi padre me llamaba «completo inútil», y ahora estaba absolutamente solo.

El tiempo que no pasábamos en clase lo dedicábamos a rezar con los monjes y a aprender canto gregoriano. Mi primo entonaba muy bien; pero yo desesperaba tanto al maestro de coro que no cesaba de reprenderme.

Durante tres años consecutivos vi brotar la primavera en los campos que rodeaban la abadía, el sol veraniego hacer madurar las uvas de los viñedos, cómo el otoño pintaba de tonos dorados y rojizos las hojas de los árboles y la tierra se cubría con un manto de nieve durante el invierno.

La rutina me resultaba desesperante, mientras que mi primo parecía transportado al paraíso cada vez que rezaba o cantaba el salterio. Como antes he dicho, las habitaciones que ocupábamos los alumnos de la escuela monacal estaban bastante separadas de las celdas de los monjes. Aprovechándonos de esta distancia, a veces hacíamos travesuras propias de nuestra edad: organizábamos carreras por los pasillos, incursiones nocturnas a la cocina, nos dábamos de puñetazos deportivamente, y tratábamos de adivinar qué era exactamente una chica.

Fray Alberto nos había dicho que pensar en chicas era peligroso y en cierta ocasión nos leyó el texto de un santo varón en el que

se decía que la mujer «era mala como una serpiente». Yo levanté la mano. Fray Alberto me concedió la palabra.

—¡Mi madre no es así! —exclamé enérgicamente—. ¡Ni mi hermana tampoco!

—Una madre y una hermana son casos diferentes.

—¿Y una prima?

—Con las primas hay que tener cuidado.

—¡Pero si mi hermana es prima de Martín! —protestó Andrés.

—Seguro que tu hermana es una piadosa muchacha.

—¿Aunque sea prima y haya que tener cuidado? —preguntó un metepatas, un chico pelirrojo, que se sentaba detrás de mí y se creía muy gracioso.

Todos se rieron a coro. Andrés le pegó un empujón, y para evitar que cayera sobre mis rodillas, yo me levanté de un salto y tiré un tintero que, después de mancharme el hábito, se estrelló contra el suelo, derramando todo su contenido. Aunque me apresuré a limpiar el desperfecto con las mangas de mi túnica, y un siervo llegó corriendo con un balde de agua y un cepillo de raíces, con el que restregó a fondo las baldosas de piedra, durante varias semanas el rastro de la tinta negra se quedó allí, como señal de nuestro negro pecado. Como la mancha no salía, fray Alberto se enojó con mi primo, el pelirrojo y conmigo, y nos castigó a los tres a servir en la hostería durante una semana. «¡Por mequetrefes, por hacer preguntas que no vienen a cuento, por alborotar en clase! ¡A la hostería! ¡A trabajar como siervos, los que no quieren aprender como señores!», bramaba en medio de su indignación, porque aunque era un monje paternal y comedido, a veces lo sacábamos de sus casillas. Y aquella no fue la primera ni la última vez.

A otros, servir en la hostería les parecía un castigo; pero a mí me gustaba. El trabajo consistía en barrer las celdas donde se alojaban los huéspedes; servirles en el refectorio, llevando los manjares a las mesas y llenando sus jarras de vino o de cerveza cuando se les acababa la bebida; acompañarlos a pasear por la huerta o hacerles

los recados. Era un trabajo similar al que hacía un paje en un castillo, con la ventaja de que no había ninguna dama regañándote si no hacías bien una inclinación de cabeza, y que podías escuchar las conversaciones de los comensales y hablar y bromear con tus compañeros mientras fregabas los platos.

Cuando estaba cumpliendo algún castigo, los días pasaban muy deprisa y me fastidiaba regresar a clase y tener que esmerarme en enlazar correctamente los trazos gruesos y delgados de la letra carolina.

Pues bien, una tarde de otoño en la que estaba barriendo el atrio de la hostería, llegó un grupo de caballeros que venían de un lugar exótico llamado Hispania¹. Un nombre que siempre despertó mi imaginación cuando era niño, pues mis hermanos habían estado allí luchando contra los moros y me habían contado muchas historias en las que se hablaba de palacios construidos con oro y piedras preciosas, donde habitaban guerreros con alfanjes, que vestían calzones y túnicas de seda bordadas con perlas. De un rey al que se lo había comido un oso; de otro que tenía un león en su capital (o tal vez su capital se llamaba León, y un tercero que poseía tantos castillos que a su tierra la llamaban así, Castilla.

Los peregrinos entraron en el refectorio. Dejé la escoba y les serví agua para sus manos y vino para sus gargantas, mientras aguzaba el oído, tratando de escuchar su conversación. Y me llevé un chasco. No hablaban de batallas, sino de religión. De monjes que no habían aceptado la reforma de Cluny, y que no rezaban igual que nosotros, porque no seguían nuestra liturgia latina, sino una a la que llamaban hispana. Me quedé escandalizado. ¡Cristianos que tenían su propio rito! Pero ¿qué clase de gente era aquella?

Al día siguiente, uno de los peregrinos me pidió que le indicara dónde estaba la fragua, porque su caballo había perdido una herradura y andaba cojo. Tomé cortésmente las riendas de su alazán y me

1 En la Edad Media, la Península Ibérica conservaba en latín el nombre que le habían dado los romanos.

ofrecí a acompañarlo. Tenía muchas ganas de saber cómo era el país donde se guardaba la tumba del Apóstol y, aunque teníamos órdenes de ser discretos y no molestar a los huéspedes, aquella era mi oportunidad para hablar con alguien que conocía aquellas fabulosas tierras.

—Mi señor —le dije—, sé que acabáis de llegar de Hispania, de hacer el Camino de Santiago, y tengo una curiosidad: ¿Es verdad que allí hay muchos reinos y que la gente habla de forma distinta a la nuestra?

—¡Vaya chiquillo! ¡Qué temas más profundos le interesan! —me respondió, echándose a reír de buena gana—. Sí, es verdad que hay muchos reinos: unos cristianos, otros musulmanes. En estos últimos hablan su lengua, el árabe o el bereber, o como quiera que se llame. En los cristianos, más o menos como nosotros, aunque con otro acento. Ellos dicen que los francos «hablamos con la nariz» —puntualizó sonriendo—. En el reino de León hablan muy bien el latín, y no tanto en

el resto de los territorios, donde cada cual habla un dialecto romance; aunque se les entiende a todos...

—Mi señor, he oído que los infieles creen que Dios es Alá; y que los cristianos son unos bárbaros que no obedecen al Papa...

El hombre me miró entre divertido y perplejo. Frunció el ceño, fingiendo enfado, pero al mismo tiempo sonriendo con una cierta ironía.

—¡Ah, ya! Los monjes os han metido en la cabeza esas ideas sobre los *hispanii*... No, no. No es que no obedezcan al Papa. Es que han estado tantos años ocupados en luchar contra los moros que se han aislado de Roma y...

El caballero se interrumpió bruscamente. Habíamos llegado a la herrería. Me dio una palmadita en el hombro y dio por terminada la conversación.

—Gracias, muchacho. Puedes retirarte a tus quehaceres habituales... No había podido hacerle todas las preguntas que bullían en mi imaginación y me despedí haciendo una profunda reverencia, con

la esperanza de volver a encontrarlo y poder seguir nuestra conversación. Pero a la mañana siguiente descubrí que él y sus acompañantes ya habían partido, al alba, camino de Dijón.

Sin embargo tuve suerte. Un nuevo castigo, por no saberme de memoria la lista de los reyes francos, me llevó a la hostería un par de semanas más tarde, cuando acababa de llegar el legado pontificio con su séquito. El ilustre invitado comió con el abad, en el refectorio de los monjes, mientras sus criados lo hacían en el de los peregrinos. También venían de Hispania. Abrí bien las orejas, muerto de curiosidad por aquellas extrañas tierras. Al principio, los fámulos comieron en silencio, de malhumor, pues se les notaba que estaban cansados por el largo viaje. Pero al llegar a los postres, guiñándome un ojo, me pidieron una jarra de vino, y luego otra y otra. Con la bebida se les desató la lengua y comenzaron a charlar de esto y de lo otro, con el desenfado digno de todo buen borgoñón que sabe apreciar los caldos de su tierra. Así me enteré de que el reino de donde venían se llamaba León (aunque no había leones por las calles como yo había pensado). Se quejaban de que su rey no terminara de reemplazar su rito por el latino. Decían que si un grupo de monjes cluniacenses se hiciera cargo de los monasterios castellanos y leoneses, los retrógrados *hispanii* tendrían que cambiar de mentalidad por narices. También contaron otras cosas interesantes: por ejemplo, que el rey quería anular su matrimonio con Inés de Aquitania, que era estéril, para casarse con Agatha de Normandía, y otros chismes por el estilo.

Yo estuve en un rincón, con la jarra de vino en la mano, escuchándolos embobado, hasta que sonó el toque de vísperas y se levantaron para asistir devotamente al rezo en la iglesia. Yo también salí del refectorio, rumiando sus palabras. Aquella tarde me equivoqué tantas veces recitando los salmos, que fray Alberto me regañó severamente.

Con el invierno todo parecía haber vuelto a la rutina. El Adviento fue frío, duro y penitente. Las lecciones aburridas, y comprobé varias veces lo que significaba el dicho la letra con sangre

entra. La hostería estaba vacía y no había posibilidades de que nos castigaran sirviendo las mesas, lo que era un fastidio, pues no podía escaparme del tedio de las clases.

Sin embargo, la Navidad fue espléndida. Nevó, y nos dejaron salir a la huerta a jugar con la nieve. Los oficios en la iglesia fueron magníficos, y la comida, que había sido racionada durante el Adviento, volvió con profusión desde la semana de Navidad hasta la Cuaresma.

En el tiempo de penitencia yo daba gracias a Dios por ser un niño y no tener que disciplinar mi cuerpo como hacían los fraires.

Cuarenta días pasan pronto, y siempre te queda la esperanza de llegar vivo a la Pascua de Resurrección. Aunque el invierno había sido tan duro que de vez en cuando llegaba la noticia del fallecimiento de algún monje o de algún miembro de nuestras familias.

Primero murió el antiguo abad, el portero y un novicio; luego el padre de un chico de mi clase y la tía de otro; en las semanas siguientes el cuñado del herrero, un amigo de fray Alberto y, en la corte, Enrique el Doncel, el mayor de los hijos del duque. Nos pasábamos la vida dándonos el pésame y rezando por los difuntos.

Por fin llegó la primavera, y yo me sumí con nostalgia en el recuerdo de los campos verdes, llenos de flores silvestres, que rodeaban nuestra casa de la colina.

Pasó la Semana Santa y en la octava de la Pascua de Resurrección vinieron mi padre y mi hermano a verme. Fue una sorpresa muy agradable, pero se convirtió en pena, porque vinieron a darme la noticia de que mi madre había muerto durante el invierno y que mi hermana Margarita se había casado y se marchaba con su marido a vivir al Languedoc.

Mi hermano Raimundo hacía dos años que también vivía en Provenza, así que ahora solo me quedaban mi padre y mi hermano Bernardo. Mi padre tenía aspecto avejentado y se le notaba el sufrimiento. Me estrechó entre sus brazos sin decirme nada. Hacía tanto

tiempo que no lo veía que yo tampoco sabía qué decirle. Además se me había hecho un nudo en la garganta y no podía hablar.

Mi hermano mayor me pidió que lo acompañara a dar un paseo por la huerta y que le enseñara la iglesia, mientras mi padre se quedaba hablando con fray Alberto.

Me preguntó cómo me iban las cosas y si me gustaba la vida de monje. Le dije un no tan rotundo que se echó a reír a pesar de la pena que tenía. Entramos en la capilla, nos arrodillamos ante la imagen de Nuestra Señora y rezamos largamente por nuestra madre. Yo sentía que las lágrimas se me escapaban y traté de dominarlas, mirando por el rabillo del ojo a mi hermano, para ver cómo se comportaba un caballero de verdad; pero lo vi con el rostro bañado en lágrimas, y comprendí que por muy duro que uno fuera, la muerte de una madre es la peor desgracia que se puede tener. Lloré también, recordando el perfume de mi madre, los besos que me daba cuando era niño, su mirada tierna y cariñosa, sus canciones de gesta a la luz de la lumbre en las tardes de invierno...

Mi padre y mi hermano partieron al día siguiente, y vi a fray Alberto un tanto preocupado al despedirse de ellos. Andrés se portó como un auténtico pariente, y trató por todos los medios de hacerme agradable la vida con sus pequeñas ocurrencias. Por entonces yo estaba muy acomplexado porque me veía pequeño y enclenque en comparación con mis compañeros, y mi primo me decía riendo: «Tienes que pensar siete veces al día *“Soy fuerte y robusto y tengo un aspecto temible”*, y ya verás cómo creces». Lo intenté con todas mis fuerzas, pero no notaba ningún cambio. Entonces Andrés me dijo que tenía que comer más, y el muy tunante me llevaba con él a la cocina para pedirle al ayudante del hermano cocinero que nos diera doble ración de queso. A este no le hacían ninguna gracia nuestras exigencias, y salía detrás de nosotros blandiendo la escoba, mientras nosotros corríamos escaleras arriba, muertos de risa.

Un día, durante la recreación, fray Alberto nos preguntó qué deseábamos más, si la vida monacal o la de la milicia. Se hizo un

silencio. Yo hubiera contestado que esta última, pero no conocía qué planes tenía mi padre para mí; sobre todo sabiendo que no podía costearme un caballo y una espada. Algunos de mis compañeros estaban en la misma situación que yo. A veces hablábamos entre nosotros y decían que no les importaría seguir la carrera eclesiástica para conseguir alguna prebenda con la que ganar mucho dinero y llevar el tipo de vida lujosa a la que estaban acostumbrados y que ahora su familia no les podía dar. Sin embargo, eso en nuestra abadía era un tema tabú. Acababan de elegir Papa a un monje cluniacense que, según mi primo, debió de ser cocinero antes que fraile y sabía muy bien lo que se cocinaba en la Iglesia. Gregorio VII estaba muy en contra de que se concedieran beneficios eclesiásticos a seglares, y de que se admitieran en los conventos, o se ordenaran sacerdotes, a chicos sin vocación. Nuestro abad, más estricto con estas cosas de lo que era habitual, estaba completamente de acuerdo con el vicario de Cristo. Tal vez por eso, cuando algunos monasterios empezaban otra vez a relajarse, nuestra abadía era una de las más observantes. Todos guardamos unos minutos de silencio; era mejor no arriesgarse a decir cualquier inconveniencia que llegase a los oídos de la comunidad.

Mi primo fue el primero en contestar. Ya tenía casi quince años y pronto podría ser novicio. Fray Alberto lo miró interesado, esperando poder encontrar algún indicio sobre su verdadera vocación.

—Hermano, si yo pudiera elegir, elegiría las dos cosas —dijo pausadamente—. Ser mitad monje y mitad caballero. Rezar y blandir la espada al servicio del Señor y de la Iglesia.

Todos nos echamos a reír. Un monasterio era un lugar de paz. ¡Si uno se hacía monje era para no ir a la guerra!

Fray Alberto se quedó mirándolo como si no supiera si pensar que la idea era un desatino o una genialidad. Mi primo iba a continuar hablando cuando apareció en la puerta el abad. Nos pusimos todos de pie e inclinamos la cabeza.

—Martín, ve a la hostería —ordenó, dirigiéndose a mí.

¡Otra vez! ¿Por qué? ¡Si en esta ocasión no había ni abierto la boca!

Tal vez viera el desconcierto pintado en mi cara, porque añadió, dulcificando su voz:

—Tienes visita.

Al cruzar el patio me encontré con Bernardo, alto y fuerte, con los brazos cruzados a la altura del pecho, mirando fijamente la puerta por donde tenía yo que entrar, mientras sus hombres esperaban discretamente apartados. Me sonrió, me dio un abrazo, me hizo sentar en un banco de madera y me dijo lo que lo había traído hasta allí: Mi padre no se encontraba bien y quería que yo volviera a casa.

Unos minutos antes, Bernardo había estado hablando con el abad y con fray Alberto. Mi maestro les había dicho que en su opinión, aunque yo era un chico dócil y con cierta simpatía natural, no tenía vocación ni interés por ser monje. Y el abad le dejó muy claro que, al contrario que otras comunidades, la suya estaba en contra de las vocaciones forzadas, porque de ello no salía nada bueno: monjes perezosos, indisciplinados, amantes de las riquezas materiales, cuyas conductas terminaban por escandalizar a los fieles. Estos casos eran demasiado frecuentes en Francia, incluso en Borgoña... La voluntad de Dios se revelaba a través de las palabras de mi padre; si este me necesitaba su lado, debía volver con él.

Al día siguiente me despedí de mis maestros y compañeros; abracé a Andrés y besé la mano al abad. Mi hermano me sentó en la grupa de su caballo y partimos. Atrás dejaba aquella etapa de mi vida para regresar de nuevo a Fontenay.